



# tamoanchan

23 octubre 1986

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP No. 23

## MEZTIZAJE

Araújo, Hortensia de Vega Nova.  
Información obtenida de la obra  
de Fernando Benítez: "Historia de  
la Ciudad de México. Ed. Salvat.

(Segunda y Última Parte)

La "ciudad de los palacios" del siglo XVIII ha sido considerada la ciudad de los "lujos" porque era la consecuencia de una sociedad compuesta de unos pocos ricos y de una muchedumbre de seres andrajosos, privados de educación, de recursos y sobre todo de oportunidades. En esta época se pretendió emitir leyes para sujetar los derechos de las castas y de los indios. Entre otras cosas, se proponía la prohibición de todo tipo de "lujos", ya que éste era derecho exclusivo del Virrey, los cortesanos, altos funcionarios y próceres. Los indios y las castas vivían en las casas de los arrabales de la ciudad, eran miserables y ni siquiera se les consideraba dignos de ser incluidos en las cuentas poblacionales que se hicieron en la ciudad de México. Se les llamaba "zaragatos" a los indios y "huachinangos" a los mestizos.

El principio del siglo XVI se diferencia radicalmente de los finales del siglo XVIII, como acertadamente lo menciona Fernando Benítez en su obra: "porque el humanismo renacentista creía en las posibilidades humanas de los vencidos, en su integración al quehacer intelectual y en la eficacia de la lucha por defender sus derechos básicos. En el siglo XVIII, no sólo se experimenta el más vivo odio y desprecio hacia los indios y las castas, sino que se les cree incapaces siquiera de figurar como carne de cañón en el ejército".

En la ciudad de México, para el siglo XIX, la preocupación social del color había desplazado a la preocupación religiosa. La clase social en el poder había establecido desde el siglo XVII, un patrón racial inflexible que especificaba hasta las más pequeñas gradaciones del color. Ya para entonces sólo vivían algunos negros puros en las costas mexicanas; en la ciudad existían alrededor de 10 000 mulatos que fueron arbitrariamente clasificados como:

- cuarterones (1/4 de negro y 3/4 de blanco)
- quinterones (1/8 de negro y 7/8 de blanco)
- zambos (3/4 de negro y 1/4 de blanco)
- prietos (7/8 de negro y 1/4 de blanco)

En 1824, según menciona Joel R. Poinsett, la más importante distinción civil y política de la sociedad mexicana la establecía el color de la piel, o sea el sistema de castas. De tal manera, como el color determinaba el rango social, la aspiración de la generalidad social era el "blanquearse".

Obviamente en la parte superior de la pirámide social se encontraba el español, llamado "gachupín" o "chapelón", con todos los derechos y canonjías que esto suponía, no importando que fuera pobre o inculato. Los criollos los odiaban debido a su abuso del poder e insolencia. Los mulatos trataban de defenderse adquiriendo certificados de "limpieza de sangre". Los mestizos eran despreciados e igualmente estaban sujetos a clasificaciones denigrantes y arbitrarias. Las castas eran ya una revuelta de identificación. Los indios se distinguían por su tipo físico: color bronceado, pelo liso, escasa barba y ojos negros; eran tratados como seres inferiores o menores de edad, se les despreciaba, no tenían derechos propios y sobre ellos caía la servidumbre y los más rudos trabajos.

El odio entre criollos, mestizos, indios, españoles y castas continuó hasta la guerra de Independencia, que como se ha llegado a pensar, no fue precisamente un enfrentamiento entre españoles y mexicanos, sino una guerra civil entre estos grupos sociales.

En la ciudad de México del siglo XIX habitaban los "léperos", que eran gentes marginadas que vivían en casuchas de adobe, hacían los trabajos serviles, construían los palacios que no iban a habitar, preparaban los alimentos que no iban a consumir, se llevaban los despojos de los banquetes que no habían probado. Sus palabras y acciones eran llamadas "leperadas". Llamaban "chaquetas" a los mercaderes peninsulares que vendían productos en el mercado del "Paríán". Estas gentes detestaban a los criollos moderados, con los que tenían frecuentes altercados.

Las dos décimas partes de la población estaba constituida por los "españoles-europeos", que mandaban y tenían absoluta propiedad sobre sus dominios. Otro segmento de la población eran las "chinas". Con este nombre se identificaba a las mujeres del pueblo que vivían de su trabajo, generalmente como sirvientas, y de ellas se decía que: "eran aseadas, con traje pintoresco y andares provocativos". La población indígena era llamada despectivamente por la clase dominante "la leperusa" y "el peladaje". Los conocidos como "españoles-americanos", eran aquellos que querían mandar solos y ser propietarios exclusivos de sus tierras. El término "pelado" abarca a los mestizos, mulatos, "chinos" y "coyotes", a "flor de piel" y generalmente desnudos, salvo algunas excepciones en que se cubrían con una manta.

En 1810 se consideraba "gente decente" a toda aquella que tuviera la piel de color blanco y sangre española. Es en esta época cuando aparecen los "rotos", que eran los hombres bien vestidos, y las "currutucas", mujeres que escandalizaban con sus extravagantes atuendos y que pregonaban el no haber nacido para ser "esposas", ni "madres de familia", sino para lucir su belleza y elegancia. Los jóvenes de buena posición eran llamados "petimetres". Años más tarde, a las niñas de las "currutucas" y de los "petimetres" se les conocía como "leonas" y se caracterizaban también por llevar su cara muy pintada y vestimentas llamativas. A los hombres que no trabajaban, que cortejaban a las "leonas" y que únicamente se preocupaban por sus vestimentas, se les llamaba "pollos", que generalmente galanteaban a las muchachas pobres para más tarde convertirlas en prostitutas.

En el último lugar de la escala social mexicana se encontraban los indios, a quienes, desde la colonia, se les imponía una serie de restricciones. Ya que el montar a caballo era un privilegio exclusivo de los criollos, los indígenas y negros tenían que realizar sus labores a pie, por este motivo llegaron a desarrollar una infatigable capacidad para andar.

En 1813, José María Morelos y Pavón en su "Bando de Providencias Políticas y Sociales de la Junta" ordena "Que quede abolida la hermosísima jerigonza de calidades indio, mulato o mestizo, tente en el aire, etcétera, y sólo se distinga la regional nombrándolos todos generalmente americanos, o más bien del europeo que nos perjudica, del africano y del asiático que ocupan las otras partes del mundo".

¡ Sin embargo, no es sino hasta el año de 1829, a la entrada de don Vicente Guerrero como Presidente de México, que la esclavitud quedó definitivamente abolida y se consumó la expulsión de los españoles.

No obstante la promulgación de estos edictos, las asperezas existentes entre las clases sociales mexicanas no llegaron a debilitarse en realidad, prueba de ello fue la sublevación general de los Mayas en 1844, la cual desató la "Guerra de Castas" en Yucatán. De ahí que se gestaran, años más tarde, dos guerras de exterminio: una contra los Yaquis de Sonora y otra contra los mismos Mayas que concluyó hasta 1901.

A mediados del siglo XIX, con el descubrimiento romántico del "folklore", el clasismo se disfrazó de "color local" y desde esta perspectiva las "chinas" y los "léperos" aparecían ante los "ojos de la burguesía" como un pintoresco "tipo folklórico". Es por esto que en los teatros de la ciudad las actrices y comediantes solían vestir los trajes de la "china poblana". Durante esta época se exalta al mestizaje como la ideología de un régimen. En la avenida "Paseo de la Reforma", de la ciudad de México, se sintetizó este hecho al colocar a la vista del pueblo las estatuas de Carlos IV, Cristóbal Colón y Cuauhtémoc, entre otros.

Para la época del porfiriato la misión del estado no fue precisamente la de resolver los problemas colectivos, sino crear condiciones propicias para que la iniciativa privada lograra el progreso del país. Los pobres solían trabajar hasta 16 horas diarias, recibiendo un trato despectivo y brutal. En vez de preocuparse por educar y enseñar a los indios y a las castas, se importaban inmigrantes que funcionarían como sus patrones y capataces. Los porfirianos se adueñaron de las tierras comunales indígenas, asegurando que "las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización". En todos los niveles el racismo fue feroz, se discriminaba a los indios y mestizos tratándolos de "feos, sucios, demacrados, de baja estatura", mientras los españoles continuaban su ascenso en la escala social.

Los enfrentamientos entre las castas, mestizos, criollos y españoles no cesó para los principios del siglo XX, es por esto que a la Revolución Mexicana se le ha interpretado como una verdadera lucha de clases, no tanto como un enfrentamiento entre mexicanos y españoles. Eran dos mitades de México ya definidas desde épocas coloniales que se encontraban frente a frente, a las dos armadas. El encuentro entre pobres y ricos, apoyados aquellos con personajes de la calidad de Emiliano Zapata o Francisco Villa quienes buscaban la igualdad social y el restablecimiento de los derechos de los mexicanos.

## Las Plantas y la Arqueología

Fernando SANCHEZ MARTINEZ  
Ma. Cecilia MARTINEZ LOPEZ  
Departamento de Prehistoria

El desarrollo de la civilización ha dependido en buena parte de la utilización que de las plantas ha hecho el hombre. Esta utilización constante ha dado como resultado el surgimiento de una estrecha interrelación entre el hombre y los vegetales que ha ido transformándose con el paso del tiempo, siendo diferente en las distintas etapas de la civilización. Cuando el hombre ocupa un espacio, deja siempre huella de su pre-



Al aparecer la agricultura... Códice de Florentino.

sencia: basura, instrumentos de trabajo, restos de comida, de sus casas, etcétera. Cuando abandona ese lugar las huellas quedan regadas por el suelo. Poco a poco se cubren con el polvo y en un plazo más o menos largo desaparecen bajo una capa de tierra o vegetales. Si otros hombres se instalan en ese mismo lugar, dejan también sus huellas, las que vuelven a ser cubiertas por el polvo o la vegetación, y así sucesivamente.

En México se han encontrado sitios con varios "niveles de ocupación"; lógicamente la antigüedad de los niveles es mayor mientras más abajo se encuentren.

Cuando el arqueólogo hace sus excavaciones en un sitio adecuado, observa en esos niveles sucesivos el desarrollo del paso del hombre por



... la caza y recolección... Códice Florentino.

ese sitio, y además de recuperar tuestos, lítica, evidencias de sitios habitacionales y ceremoniales, también puede recuperar restos de vegetales.

Estos restos son indicadores del medio ambiente en el pasado y nos muestran el aprovechamiento que el hombre hizo de los vegetales a su alcance.

En un principio, y debido a sus hábitos nómadas, la caza y la recolección proporcionaban los alimentos necesarios para la subsistencia.

El nómada, obligado a perseguir a los animales de caza y a buscar constantemente los sitios donde había plantas silvestres para comer, lleva una vida difícil, especialmente en épocas de sequía.

Al aparecer la agricultura, la vida se torna más agradable, ya que el hecho de disponer de alimentos en forma más o menos segura, le deja tiempo libre para dedicarse a otras actividades.

No se sabe con certeza como se inició la agricultura, pero este descubrimiento se realiza de manera independiente en varios sitios del mundo.

En nuestro país, Tehuacán, un sitio localizado en el hoy Estado de Puebla, es el mejor ejemplo del rescate de restos vegetales, aquí se encontraron: maíz, amaranto o alegría, frijol, chile, jitomate, tomate, aguacate, calabaza, nopal, maguey y otros vegetales tanto de recolección como de cultivo.

Toca a los botánicos establecer la identificación de estos restos vegetales que no siempre se presentan en tan buen estado como para conservar sus características. Los botánicos junto con los arqueólogos se encargan de su estudio e interpretación.

Este tipo de investigaciones han permitido identificar plantas que son tan importantes y conocidas por nosotros y que desde tiempos antiguos ya eran utilizadas como alimento, como medicina, como prendas y como parte importante en las ceremonias religiosas.